

rior me felicitaron todos los prohombres liberales, y hasta me declararon benemérito del Estado, por la nueva me han declarado loco y chiflado. ¡Variaciones de los hombres y aberraciones naturales en ellos!

Soy de usted adicto amigo, compañero y s. s. q. b. s. m.

MANUEL T. ALVIREZ.



### CAPITULO XIII

#### Entre covachuelistas

**D**IGA usted, mi querido Vecilla, ¿qué noticias hay sobre pecunia? ¿Se paga por fin á las tropas, ó «todavía se aguarda un esfuerzo más de parte de los dignos ciudadanos que han seguido al gobierno legítimo en el éxodo que se ha visto obligado á emprender?»

— Malas noticias, señor Pliego, contestó el llamado Vecilla, tajando la pluma de barbas azules con un cahicuerno que introdujo respetuosamente en su vaina, después de probar los puntos de la péñola. Me acaban de decir que no habrá pagas hasta la semana que viene, pues á lo que parece, nos movemos de Sayula para ir á encontrar al enemigo.

— ¡Y nosotros que pensábamos que á los días de salir de Guadalajara lograríamos

Volver como suele el conde,  
De Toledo vencedor!

— Pues ya ve usted, esto se prolonga más de la cuenta y todavía no sabemos si nos tocará algún tiritito por el gusto de defender «el sacrosanto código que á la nación le plugo darse.»

— Y mientras tanto, que á nuestras familias las muerda un perro; la pobre de Bonifacia ha de estar con el Jesús en la boca, y gracias que doña Baltasara — mi madre política — la tiene allí á sus expensas, dándole cuarto y plato; pero cuando la buena señora se enfade ó acabe con lo poquito que tiene, en ese caso *volavérunt...* quién sabe qué hará la desgraciada!

— Todos como usted, don Martín, que yo estoy más atribulado que el que van á fusilar dentro de dos horas. Con perdón de usted, tengo mi señora y cuatro niñas como cuatro orientales perlas. No temo por su *mantención*, que al fin manos tienen con que ganársela; porque eso sí, ellas randas, ellas deshilados, ellas embutidos, ellas calados, ellas bordados en blanco y en oro... ¿Que llega el día del santo del señor canónigo, ó del prior, ó del comandante de armas?... allí están los encargos para que se borden las

zapatillas, la pechera, el amito ó la docena de pañuelos, para que se hagan los platonos de postre con el nombre del interesado en canela ó grajea, la compotera llena de dulce de durazno ó de perón; la media arroba de tirilla ó de jaléa, los buñuelos ó cualquiera de tantas cosas como salen de aquellos divinos entendimientos... Pero, amigo, Guadalajara está ahora llena de soldaditos y soldadotes, y unas veces porque entran los conservadores, y otras porque salen los liberales, y otras porque los moderados se adueñan de las cosas, ello es que las familias no tienen asiento; porque con esta maldita tendencia de las muchachas á apasionarse de los galancetes y de las espiquillas y de los quepis, el día menos pensado la familia de usted se disminuye, aunque al fin resulte aumentada si la niña vuelve á la casa paterna llena de arrepentimiento y... con ganancia.

— No se puede negar lo que dice, señor de Pliego; pero lo cierto es que cada momento me confirmo más en que hicimos un pan como unas hostias al atrevernos á formar en la famosa *Brigada pluma*, conque creíamos acabar con los reaccionarios para sentarnos al día siguiente á la diestra de Dios Padre, llenos de gloria y majestad.

— No, señor; no cabe duda que no todos los negocios salen bien.

— Y eso, á pesar del discurso que acabamos de oírle al famoso Nacho Vallarta, en que toma un texto del Evan-

gelio, aquel que dice: «En verdad os digo, que no pasará esta generación sin que veamos realizarse las cosas que anuncio.»

— Pues si tan largo me lo fiáis, quizá mis hijos ó mis nietos gozarán de la breva de alguna plenipotencia ó de alguna haciendita de manos muertas.

— Si es que tienen las manos vivas, Vecilla, que si no, sacarán lo que el negro del sermón... Pero hablando seriamente, ¿no le horripiló lo que decía ese orador, que quiere que *la revolución llene los grandiosos destinos de destruir y sentarse á descansar sobre las ruinas?*

— Y aquello de *las ideas más avanzadas de progreso social andan encontrándose con el fanatismo más abominable: junto al suntuoso edificio de un establecimiento fabril, se levanta la carcomida y desplomada torre de un monasterio, y el ruido y la actividad de aquél contrasta con el silencio de la ociosidad de éste. Las costumbres de abandono, de superstición, de tiranía, que nos dejaron los españoles, campean al lado de la previsión en los cálculos y en las empresas...*

— Pero, amigo, usted tomó de memoria el discursito. ¡Feliz usted, que tiene tiempo para tanto! Yo que vivo deslomado sobre el bufete, copiando cuentas, órdenes, comunicaciones, y que todavía me echan como sobornal el trasladar proclamas y cartas, no podría hacer lo mismo.

— *Áyscale*, pues lo mismo me pasa; yo sé de memoria



Y los dos covachuelistas, con sus manguillos de lustrina...

el discursito porque he hecho de él como diez y seis copias para mandarlas á Veracruz, á Morelia, á México, al mundo entero.

— Pero, montémonos, que sino, nos dejan los meros trotones, como el otro día.

— Pues á caballo, que si nos tocan *tordillos*...

Y los dos covachuelos, con sus manguillos de lustrina, sus chaquetillas de dril, sus pantalones á media pierna y sus anteojos atados con cintas de algodón, montaron trabajosamente en los dos pencos que primero hallaron.

— Ahora, según entiendo, tendremos función. Parece que Casanova ha salido de Guadalajara con miles y *quimiles* de hombres, y va á ser cosa de gusto el encuentro.

— ¡Y pensar que á padres de familia honrados, como lo somos nosotros, nos puede tocar un confitazo sin saber cuándo ni á qué horas!

— Y todo por cuidar estos papelotes que Dios confunda. Oiga usted: «Formarán á la retaguardia y entre la impedimenta las mulas que cargan el archivo y documentos, bajo el cuidado del teniente en comisión Martín Aveilla, ayudado por el de su clase Juan Antonio Pliego; quedando sujetos en todo á las órdenes del teniente coronel Guadalupe J. Gallegos, quien arreglará los detalles de la conducción.»

— ¡Caramba! creo que ya empieza el tiroteo...

— ¡Hombre, á usted los dedos se le figuran huéspedes!  
No hay tales carneros.

— Acaba de sonar un cañonazo; sobre apuesta.

— Creó que sí... No, fué cohete... Ahora sí...

— ¡Ya se agarraron; y es aquí muy cerca, por Atoyac'



— No, amigo; es por Techaluta. ¡Pero qué fuerte está el tiroteo!...

Transcurrió un buen espacio en que el fuego de fusilería y cañón no cesó. Al fin, los conductores de acémilas recibieron orden de avanzar.

— Para mí, hubo triunfo, dijo Avecilla.

— ¡Qué triunfo va á haber! ¿no ve usted que al gran don Santos le llaman el héroe de las derrotas? corrigió Pliego.

— ¡Cuidado, que las paredes tienen oídos!

— Ya, ya; victoria hubo. Mire usted cómo están los nuestros de satisfechos. Espéreme usted aquí, que voy á tomar lenguas y vuelvo en menos que se persigna un cura loco.

Se alejó el escribiente, y á poco rato volvió con la sonrisa en los labios.

— Pues ganancia ha sido, y de las famosas. Muchos muertos y heridos de los conservadores, mucho parque y pertrechos abandonados, y Casanova salvándose á uña de caballo con unos cuantos de los suyos; á la hora de esta debe de estar viendo las torres de Guadalajara. Dentro de una semana estaremos en nuestras casas, sentados á la mesa, en compañía de nuestras respectivas esposas é hijos.

— ¡Dios lo quiera, amigo mío, Dios lo quiera! ¿Y cómo se llamará esta batalla?

— No lo sé; al lugar le dicen *Cuevitas* ó *Cuevas de Techoluta*...

— Pues la fortuna de don Santos es que no estamos en un régimen monárquico, que si estuviéramos y le quisieran recompensar por esta acción, le llamarían conde ó marqués de Cuevitas, y no es un título envidiable, ciertamente.

— Es la verdad.